

¿TENEMOS MÉRITOS PARA CONSTRUIR UNA REPUBLICA CIVILIZADA?

Ninguna sociedad tiene un acuerdo total sobre los méritos que son relevantes para acceder y ser promovido en la esfera privada o pública. Sin embargo, este tema es fundamental en toda república civilizada. Así se muestra en la correspondencia que intercambiaron después de haber sido presidentes de partidos contrarios esos dos grandes amigos, que fueron John Adams y Thomas Jefferson. Adams abrió el fuego, escribiendo que la república americana sería regida por una aristocracia que se fundaría en cinco pilares; belleza, riqueza, nacimiento, genio y virtud. Jefferson contrariado con las afirmaciones de su amigo respondió distinguiendo entre una aristocracia natural y una artificial. La distinción de Jefferson es contra intuitiva. Considera artificiales los cinco pilares de Adams y dice que las sociedades arbitrariamente pueden incluir esos u otros, tales como la piedad religiosa o la capacidad militar. Según Jefferson una aristocracia natural que surge independiente de la tenencia o no de los cinco pilares, permanece con el ejercicio de las capacidades públicas en el gobierno democrático. Para Jefferson la aristocracia natural gobernará la república americana. Adams responde a las ideas jefferssonianas de la aristocracia natural, diciendo que ese grupo de personas seguramente ha de mimetizarse con los cinco pilares que caracterizan todas las clases gobernantes. La discusión quedó abierta. Personalmente me inclino por la tesis de Jefferson e intentaré explicar como podemos aplicarla a Chile para ser más civilizados.

Sabemos que Chile se constituyó hasta el siglo XX como una sociedad rural asentada principalmente en Santiago que se dividía en dos clases. La movilidad social se produjo por el clientelismo y el apadrinamiento característica particular de la oligarquía Santiaguina que incorpora comerciantes, industriales, profesionales, a veces europeos llegados más tarde y políticos de las elites de provincia. Es sólo en el siglo XX a través de la educación pública, particularmente universitaria, que se produce cierta movilidad social en Chile. Surge una clase media que ocupa un lugar intermedio entre las dos clases anteriores y que se juzga a sí misma por criterios de mérito. Más avanzado el siglo XX la elite chilena se hace urbana y es todavía más diversa porque incluye sectores medios que acceden a sus posiciones de poder por su dedicación meritocrática a la cosa pública.

Esta tendencia que responde parcialmente al concepto jeffersoniano, se revierte con Pinochet que reduce el grupo de las personas dedicadas a la cosa pública y aumenta el desvío de talentos hacia la esfera de lo privado. Con Pinochet ni los dedicados a la cosa pública, ni los que se concentran en lo privado reciben sus premios y castigos de acuerdo a criterios meritocráticos. Se construye así un mercado imperfecto regulado por funcionarios que actúan disciplinados a la sola voz del amo. Se privatiza y se llenan los directorios y los puestos de poder público y privado con adictos al régimen. Se excluyen de los beneficios a los que no muestran la necesaria obsecuencia. Es en este contexto, que a finales de los ochenta se discute si los pobres llegan a ser la mitad de la población y se debate sobre los costos de instaurar la lógica de mercado, en un sistema económico precario plagado de favoritos y cortesanos.

A partir de 1990 los gobiernos de la Concertación intentan revertir algunos de estos rasgos más feos. Por cierto la elite deja de ser rural y no responde al molde marxista de ser una clase burguesa. Se constituye por la educación escolar, el ingreso y el aspecto físico.

Pablo Ruiz-Tagle Vial

Paradójicamente en los últimos quince años se logra un crecimiento sostenido nunca visto en Chile y se reduce de manera significativa el número de pobres e indigentes con la focalización del gasto social. A pesar de estos logros, la regresión continúa en materias de igualdad, particularmente en la distribución del ingreso.

Estos defectos se pueden explicar a mi juicio por el fracaso de los gobiernos de la Concertación en mejorar la educación pública, que empeora sus resultados a pesar de la mayor inyección de recursos. Y no es de extrañarse, porque lo peor en la Concertación ha sido la educación pública, particularmente la educación superior. Y esto es grave porque la educación influye sobre otras formas de desigualdad, como son las posibilidades de encontrar y mantener buenos ingresos. Algunas desigualdades surgen del azar y otras provienen de la naturaleza (sexo, edad, capacidades físicas o intelectuales) y sobre ellas es muy difícil hacer cambios. Las desigualdades educacionales inciden en comportamientos que admiten modificación. Por eso, aunque se han dado disculpas para explicar estas desigualdades, diciendo que hay que esperar con paciencia para ver las mejoras en los índices, las mejoras educacionales no llegan. Por ejemplo, hay estudios según los cuales sólo el 5% de los chilenos tenemos niveles de comprensión lectora similares a los de un ciudadano promedio en Suecia y hemos quedado 35 en los niveles educacionales entre 38 países. Otros trabajos muestran que en Chile la educación pública universitaria no logra cambios significativos en el ingreso de sus egresados. Los apellidos y los contactos aseguran los ingresos futuros.

El entreguismo en materia educacional permitió que las matrículas del sector universitario privado se amplíen desde 19.500 en 1990 hasta 123 mil en el 2002. Esto se trata de vender como una virtud del sistema, pero cualquier slogan se desmorona ante la falta de calidad. Y como ahora son 123 mil los universitarios -el mismo grupo del 5% que no entiende lo que lee- se alega también la facilidad de acceso a la educación superior de sectores medios y bajos. Así se defiende de facto una universidad para todos que es anti elitista y "popular". Pero a pesar que estas no tienen fines de lucro compran los terrenos más caros de Chile en el barrio alto y en la antigua calle República y hacen publicidad cuantiosa. 25 millones de dólares anuales en publicidad, gasto que ha aumentado, por ejemplo, en el metro en un 300% al año 2003. Usan micros, envío de sobres a los domicilios de los estudiantes de colegios privados y avisos de TV, Sus directivos se pagan sumas gigantescas y si alguien objeta sus defectos, van y compran a precio de liquidación en el sistema público, libros, edificios, profesores, decanos, bibliotecarias, proyectos de investigación etc. Así el desorden de la educación superior en Chile sigue la misma lógica de las micros amarillas tan típicas del paisaje Santiaguino. Esas micros del continuo las condes-apoquindo-providencia-alameda-ruta 68 hasta San Pablo que echan humo vacías y que recuerdan el poema de Nicanor Parra del tren que se recorre de a pie entre Santiago a Puerto Montt.

Las universidades privadas buscan sus 123 mil alumnos en los más altos quintiles para asegurar su pago y para después dejarse caer con el cobro de aranceles promedio de M1.680 que se aumentan hasta un 41% sin que nadie diga nada. Porque a diferencia del transporte urbano que aparece mucho más regulado, las universidades privadas tienen tarifas libres en Chile. Y como se sabe que el sistema no es sustentable en el tiempo, se trata ahora de socializar las pérdidas futuras y para eso se pide crédito fiscal, a cambio de su autoacreditación. Por eso, no es de extrañarse que en Chile ante la erosión de todo criterio racional para el ingreso universitario, se impongan como símbolos superiores de estatus los polerones, las chapitas y los rituales de los colegios básicos y medios particulares del "cuiquismo" criollo. A este respecto la novedad es que

Pablo Ruiz-Tagle Vial

hay colegios en Santiago que incluso han llegado a sacar artículos que no usan sus alumnos, y que se venden a los señoritos y señoritas chilenas que se desvelan buscando prestigio mimético. Da por eso para pensar el predominio de colegios tales como el Santiago College, la Scuola Italiana, la Alianza Francesa, el Instituto Hebreo, el Grange, el Saint George y los colegios de grupos religiosos, que se perciben a si mismos como símbolos de resistencia en lugares reactivos al esfuerzo civilizador. Con ellos pretende mantenerse y perpetuar un estilo de civilización que dicho sea de paso puede llegar a ser admirable pero que es reactivo. Porque a los colegios privados accede un porcentaje muy bajo de nuestra población y porque en ellos a veces se perpetua una especie de “Desierto de los Tártaros” chilensis.

En otros países como EE.UU., el símbolo de estatus se construye principalmente por la universidad donde se estudia. Y esto es mas justo. Porque el ingreso a un colegio privado básico o medio se determina en Chile por los medios económicos de los padres, la afinidad ideológica y los test de prekindergarten que miden aptitudes, ninguna de las cuales puede ser alterada conscientemente por el alumno en esa temprana edad. En cambio, el ingreso a la universidad puede considerar el mérito personal y los resultados de las pruebas, cartas de recomendación, notas del colegio, trabajos escritos etc.

Tenemos que transitar entonces como ha dicho bien T.H. Marshall desde la ciudadanía política que tampoco está todavía bien asegurada en Chile, y pasar a una etapa más civilizada donde privilegiemos la ciudadanía social. Esta incluye gozar del mínimo bienestar y el derecho a participar en una sociedad civilizada. Y aunque es discutible que hayamos tenido, tengamos o que podamos tener el carácter de civilizados se trata de aspirar a una forma particular de construir lo público. Es por eso que la civilización también se construye con maneras y formas que se suavizan entre individuos diversos y esta a veces se origina en el comercio y otras veces surge en el cortejo y la seducción. También surge en la vida ciudadana que se distingue de la forma clerical o militar, que sólo puede ser considerada civilizada, como defensa o sucedáneo de esta.

Y en medio de nuestros defectos debemos reconocer sin idolatría o nostalgia estatista que en Chile han existido momentos originales de civilización, particularmente el momento fundacional de la generación de 1842 y la generación de intelectuales y políticos de mediados del siglo XX. Una buena parte de la civilización chilena se ha debido a la existencia de la educación pública chilena. Desde sus orígenes ha estado en medio de una permanente crisis y convertida una especie de ruina. Pero allí pequeños grupos han cultivado con espíritu ciudadano la libertad, que es la base de las ciencias, de las letras y de las artes. Es que una ruina como el Partenón o Machu Pichu puede ser mucho mas civilizada que un conjunto habitacional Copeva, o todas las comodidades de Santa María de Manquehue o Colonia Dignidad. En la ruina de la que hablamos, al menos parcialmente se ha admitido la justicia como criterio de distribución. Y aunque hoy en días sus sistemas de ingreso y promoción están muy debilitados, se trata de una forma de organización que en nuestro país ha sido civilizada.

Por eso se requiere de un esfuerzo con sentido contrario al de la privatización de los recursos públicos. Tenemos que reforzar con recursos privados la educación pública, sus normas y sus instituciones. Los talentos de los chilenos, son los recursos mas importantes que tenemos y con ellos podemos progresar y ayudar a los menos aventajados. La elite chilena debe concebirse a si misma como independiente de los quintiles de ingreso y como un grupo abierto a todos por su mérito ciudadano. Las personas educadas deben forjarse en la participación democrática y en la deliberación pública con el sentido de aristocracia natural de

Pablo Ruiz-Tagle Vial

Jefferson. Porque como dice Rawls, no son nuestros los talentos, la inteligencia, la belleza, la simpatía, ni siquiera nuestra posición económico social, ni las cosas que pueden favorecernos y que se confunden con nuestros méritos. Entonces para ser justos, con el uso de todas esas cosas buenas que podemos tener, debemos ponerlas al servicio de la construcción y el refuerzo de un sistema público de educación. Una elite biodiversa y pluriclasista chilena puede contribuir con sus esfuerzos privados a nuestra educación. Una cuestión personal que tiene importantes consecuencias publicas en la justicia del tercer milenio. *